

XXII.

SAUL.

Ha huido el pastor. Soldados, buscadle aunque seá en las cavernas de las fieras. En cuanto lo encontréis, matadlo como al perro rabioso.

LOS SOLDADOS.

Tus sacerdotes lo han recogido y lo han guardado en el santuario.

SAUL.

Que arda el santuario. Que sean pasados á cuchillo mis sacerdotes.

ORIEL.

Rey, oye á tu siervo.

SAUL.

No oigo á nadie, sino á mí mismo. No oigo nada, sino mi cólera.

ORIEL.

¿Vas á manchar con sangre la túnica sacerdotal de blanco lino que el pueblo tanto respeta?

SAUL.

Ellos han manchado de odio mi corazón.

ORIEL.

Rey, ten piedad de tí mismo.

SAUL.

No tendré piedad de nadie. Mi ejército entrará en Nobe, la ciudad de los sacerdotes. Encontrará primero los bueyes apacentándose en las praderas, y matará los bueyes. Encontrará los asnos por los caminos, y matará los asnos. Verá luego las ovejas en los rediles, y descabezará las ove-

jas. Los niños de pecho serán arrancados del seno de sus madres y aplastados contra las piedras. Las mujeres en cinta morirán luego, desgarradas las entrañas y pisoteados los fetos por animales inmundos. No perdonaremos ni las más bellas vírgenes. Todos los habitantes desaparecerán primero sin que uno solo se salve como Loth se salvó de las ciudades malditas. Y arderá luego la ciudad. Y cuando toda entera haya sido devorada y consumida por el fuego, aventaré sus cenizas, que se disiparán. Y la ciudad de los sacerdotes, que han desconocido á Saul, desaparecerá hasta del seno de la memoria humana.

XXIII.

ORIEL.

Se consumó el sacrificio.

SAUL.

La ciudad de los sacerdotes ha desaparecido como si la tierra se la hubiera tragado.

ORIEL.

Y sin embargo, rey, no te creo muy tranquilo en tu triunfo. El insomnio se dibuja en tu rostro.

SAUL.

He querido buscar nuevos sacerdotes y no los encuentro. He querido hablar con los profetas y

los profetas han desaparecido. He querido consultar con los adivinos, y los adivinos ya no me responden.

ORIEL.

Si quieres adivinar lo futuro, contempla tu presente proceder. El mal ó el bien están casi siempre en nuestras propias manos.

SAUL.

Me parece que veo una mancha de sangre cubriendo el sol.

ORIEL.

Y si ves eso ¿qué oyes?

SAUL.

Oigo el ruido de un gran ejército que se acerca. Sálvame, sálvame.

ORIEL.

¿Qué puedo yo hacer contra el destino? Yo soy pobre siervo.

SAUL.

Oigo tres lamentos que me hielan la sangre.

ORIEL.

Señor, son tus tres hijos que acaban de ser pasados á cuchillo.

SAUL.

Mátame, mátame.

ORIEL.

No puedo, no debo.

SAUL.

Muera yo, muera por mis propias manos. (*Se clava su espada y espira.*)

XXIV.

EL DESIERTO.

Pueblo de Israel, te has levantado á las alturas por la libertad, y has caído en la servidumbre por tus vicios. Mi aliento de fuego te azotará. Mis arenas cubrirán tus templos como los templos del más pequeño de los ídolos. Pedirás misericordia, y no la encontrarás ni en el cielo ni en la tierra.

ORIEL.

Si es verdad que eres justo, Dios de los hebreos, si es verdad que eres justo, maldice á tu pueblo. Quiere llamarse el elegido de Dios, el santo entre los santos, el hijo de los patriarcas, el padre de los profetas, y aún conserva impiamente la esclavitud. Yo, Dios de justicia, yo soy esclavo.

EL DESIERTO.

Mirad, mirad pasar en las rojizas nubes que el sol poniente forma con los vapores encendidos del desierto los génius que ampararan Israel. Ninguno podrá salvarlo de la sentencia que por mis espacios resuena y de la maldicion que yo pronuncio.

ORIEL.

He aprendido, Israel, en tus cánticos la esperanza. En la obra de mi redencion, obra tan larga como la lenta, y continua, y secular formacion del planeta, tú me has dado, Israel, tú solo me has dado la esperanza. Mas la esperanza no puede constituir toda la vida, ni puede bastar á redimirme. Necesito recoger más ideas de la conciencia humana. Necesito condensar más fuerzas en batallas continuas. Mis cadenas me pesan, me abruman con su imponderable pesadumbre.

EL DESIERTO.

Sombras de lo pasado y de lo porvenir, venid, pasad. Yo sé la idea que lleváis en la mente y el

dolor que llevais en el corazon. Yo lo sé, y vosotros no. Yo sé que un insecto, el esclavo, ha roído las bases de bronce en que levantasteis vuestros templos.

DAVID.

Yo queria que hubieras sido, oh Jerusalem, como el árbol plantado á orillas del arroyo, verde y florido, cargado de los mejores frutos. Yo te queria así, oh ciudad santa. Pero tú has sido, tú, como el átomo que se arroja al viento en las eras.

SALOMON.

Yo te hice, Jerusalem, la más bella entre las ciudades; y tu pueblo fué en la tierra como el sol en el cielo. Yo corté los cedros del Libano, y los embuté en marfiles, y los unté en oloroso aceite para formar la techumbre de tu templo. Los trabajadores de Gebel vinieron á tí en ejércitos. El diestro Hiram fundió montañas de metales preciosos para tu santuario. Jamás Tyro habia teñido telas tan vistosas como las telas que yo colgué de tus paredes. ¿Qué ha sido de tí, oh ciudad de las ciudades? Con tus preseas, con tus joyas,

con tus coronas, te has dissipado como el viento de las vanidades humanas.

ESTHER.

Yo soy aquella que aplacó al rey dominador de los indios y de los etiopes despues de haber pasado ciento y ochenta dias el tirano en la embriaguez de un continuo banquete, circuido de todos los pueblos del Asia, que á un gesto suyo temblaban y gemian. Pero ¡ah! no he podido ¡oh Israel! desarmar la cólera de los tiempos, que te han devorado.

ISAÍAS.

Gentes corrompidas, dejasteis el templo de Jehová para tomar el camino del templo de los ídolos. Enferma la cabeza, enfermo el corazon, los piés hinchados, los miembros doloridos, sois todos vosotros, hijos de Israel, una llaga que no ablandará la pomada ni curará el aceite. Conoce el buey á su amo y le mira agradecido; pero Israel no conoce á su Dios. Por eso vuestra tierra está destruida, vuestros hogares saqueados, vuestras viñas taladas, vuestras ciudades hechas ceni-

zas, y el templo del Señor caído como la choza de un redil sin amo, sin pastor y sin ovejas. No quiere Dios holocáustos, no le importuneis con el humo de vuestros sacrificios.

JEREMÍAS.

La ciudad, poblada antes, se halla solitaria; la esposa de los reyes, viuda; la reina de los pueblos, sujeta á tributo. Sus días son como noches, y sus noches como espesas nubes de lágrimas. Los soldados que debían rugir como leones para defender á Sion, corrieron como cervatillos. Las vírgenes, que la halagaban con sus cánticos, fueron, los piés desnudos, y las manos atadas á la espalda, cautivas á los serrallos de Oriente. Sobre los huesos de Israel ha caído el fuego del cielo y los ha tostado cual piedras de Gomorra y de Sodoma. ¿Quién, ya en el cielo ó en la tierra, consolará á la infeliz Jerusalem?

EZEQUIEL.

Tú eras una parra plantada en regadío. Los pámpanos daban sombra á pueblos enteros, y los sarmientos eran tan fuertes que los tomaban los

reyes por cetros. Mas el viento solano te ha consumido como el fuego al seco heno. Y en el mismo sitio donde tus racimos daban el alegre vino, come un pueblo desnudo y hambriento pan amasado con estiércol de bueyes y cocido con cenizas.

DANIEL.

Todas las desgracias juntas te han probado, Israel. Tu tirano ha levantado su efigie en una estatua áurea, de sesenta codos de altura. El pregonero te llama en alta voz para que vayas de hinojos á bendecirla y adorarla. Al son de la bocina se congregan todos los idólatras. Al eco del salterio y de la citara se entonan alegres cánticos. Israel, Israel, mira á dónde llega la soberbia de tus dominadores.

OSEAS.

Los ángeles ponen las trompetas en sus lábios y soplan y producen sonidos estridentes. Y la tierra se conmueve como si llevara un feto abortivo en sus entrañas. Y este dolor proviene de que Jehová entregó á Israel oro nativo para que

le alzara altares; y se los ha alzado á los idolos de los paganos.

JOEL.

Ya no hay campos. La oruga se ha comido los árboles, y la langosta los sembrados. Los ancianos ya no duermen sino en la embriaguez; y las mujeres ya no velan sino para el placer. Los sacerdotes se han vestido de luto y los profetas de cilicio. Granado de rojas flores, higuera cargada de morados frutos que destilan miel, vid llena de transparentes racimos, palmera del desierto que vibras al choque del viento, os ha consumido la cólera del cielo.

AMOS.

Jehová os lo ha dicho, israelitas. Yo os preferí entre todos los pueblos, y vosotros me habeis negado entre todos los dioses.

ABDIAS.

La soberbia de tu corazon te ha perdido. Aunque levantes tu morada donde el águila pone su nido, de allí te derribará Jehová.

JONÁS.

Las ondas del mar han amargado mis lábios. Y en sus abismos he visto que Jerusalem es sier-va; pero que Ninive será bien pronto muerta. Aparejad, reyes de Ninive, vuestras plañideras para el entierro.

MICHEAS.

Donde Dios puso su casa de oraciones, vosotros, hijos de Jacob, habeis puesto casa de prostitucion. Las esculturas de Samaria serán quebradas y dispersas, y morirán como rameras en lechos de estiércol.

NAHUM.

Por los vientos pasa Jehová con su ejército de ángeles. Los montes tiemblan; los collados se derriten. Sus huellas son la tempestad, su aliento el turbion, su voz el trueno, y su mirada el rayo. A una palabra suya el mar se ha hinchado de tormentas, y los rios se han salido de madre.

HABACUC.

¿Hasta cuándo, Jehová, clamaré y no me oirás?
¿Hasta cuándo daré voces á tu cielo y tu cielo se-
rá para mí como de bronce? Óyeme, óyeme,
Jehová, que yo busco tu morada, tu cielo, co-
mo te busca el incienso quemado en el templo.
Ten piedad de Israel.

SOPHONIAS.

Día de tinieblas es este día. Las estrellas se han
vuelto ceniza, y el sol pavesa. Las nubes han
llorado fuego. La tierra, agitada como una caña,
ha tocado en los profundos abismos. Los hombres
han muerto como los peces que se quedan en se-
co. Porque tu cólera ¡oh Jehová! acaba de pasar
sobre Israel.

AGGEO.

Los carros caerán por haber tropezado en las
piedras del camino. Los ginetes perderán sus ca-
ballos. Israel será, como Faraon, ahogado.

MALACHIAS.

El hijo honra á sus padres; el siervo á su se-
ñor. ¿Por qué Israel no ha honrado á Jehová? Y
después de ofrecer ofrenda voluntaria á los ídolos
ha querido ofrecer ofrenda forzosa á Jehová. E Is-
rael será castigado.

ZACARIAS.

Pero en medio de tus dolores, Judá no ha per-
dido su esperanza. Por eso las lágrimas de san-
gre que ha llorado, la rescatarán. Por eso sus en-
trañas engendrarán un justo, y volverá el Señor
á sentarse en la montaña de Sion. Yo he visto
después de mis continuas oraciones, venir un con-
solador ángel á traerme aroma de nardo y de
azucena para conjurar mis desmayos y decirme
que será completamente reedificada Jerusalem.